♦♦♦

Ya no me da lata

Tomás García

♦♦♦

Refresqué la frente de Cecilia, la joven indígena. El sudor no dejaba de correrle, su esposo entraba y salía, mientras Náyade, la enfermera, le colocaba el termómetro. En el piso de tierra, sobre un petate yacía la muchacha, no lejos un metate, un costal de semillas de cacao silvestre y una vasija de plástico amarillo con cacao ya molido. Afuera, había algunas gallinas y una vaca que se espantaba las moscas con la cola; en la puerta, un perro flaco de ojos enormes y que de vez en vez se pasaba la lengua por el hocico, parecía tan preocupado como el esposo.

El día anterior habíamos hecho una visita a Cecilia, vivía cerca del centro de salud donde habíamos instalado el puesto de vacunación y aprovechamos para llevarle algo de ropa. La doctora Berta la había visitado un par de ocasiones durante el embarazo. Dentro de la casa se percibía un olor intenso y desagradable. Al vernos entrar dejo un instante de moler, se limpió el sudor y las manos en la falda, nos miró a Náyade y a mí con desconfianza, como la mayoría de la gente del pueblo (un reguero de casas entre las tupidas huertas de cacao y plátano). Cuando Berta le preguntó como se sentía no le contestó.

—Déjame revisarte Cecilia —insistió—, yo también he sido madre y sé como es esto. Tenme confianza. Mira, te traigo esta ropita para el niño, por estos días iba a nacer ¿no?

La muchacha negó con la cabeza, dijo que si no estaba su esposo no podía dejarse revisar, a pesar de que estaba roja y tenía escalofrío.

—Bueno Ceci, dile a tu esposo que mañana venimos.

Berta la conocía bien, había trabajado con ella en su casa de Villahermosa y había sido muy trabajadora.

Cuando regresamos, hasta la tranca de la entrada donde dejamos la camioneta, el esposo llegó apresurado para pedirnos ayuda. Al entrar a la casa sentí como una cachetada, el olor era dulzón y penetrante, me acordé de mis estancias en el Hospital Xoco. Cecilia estaba acostada, tenía el rostro rojo y brilloso, con gotitas de sudor. Miraba a la doctora como disculpándose por las molestias que estaba causando.

—¿Qué tienes Cecilia?

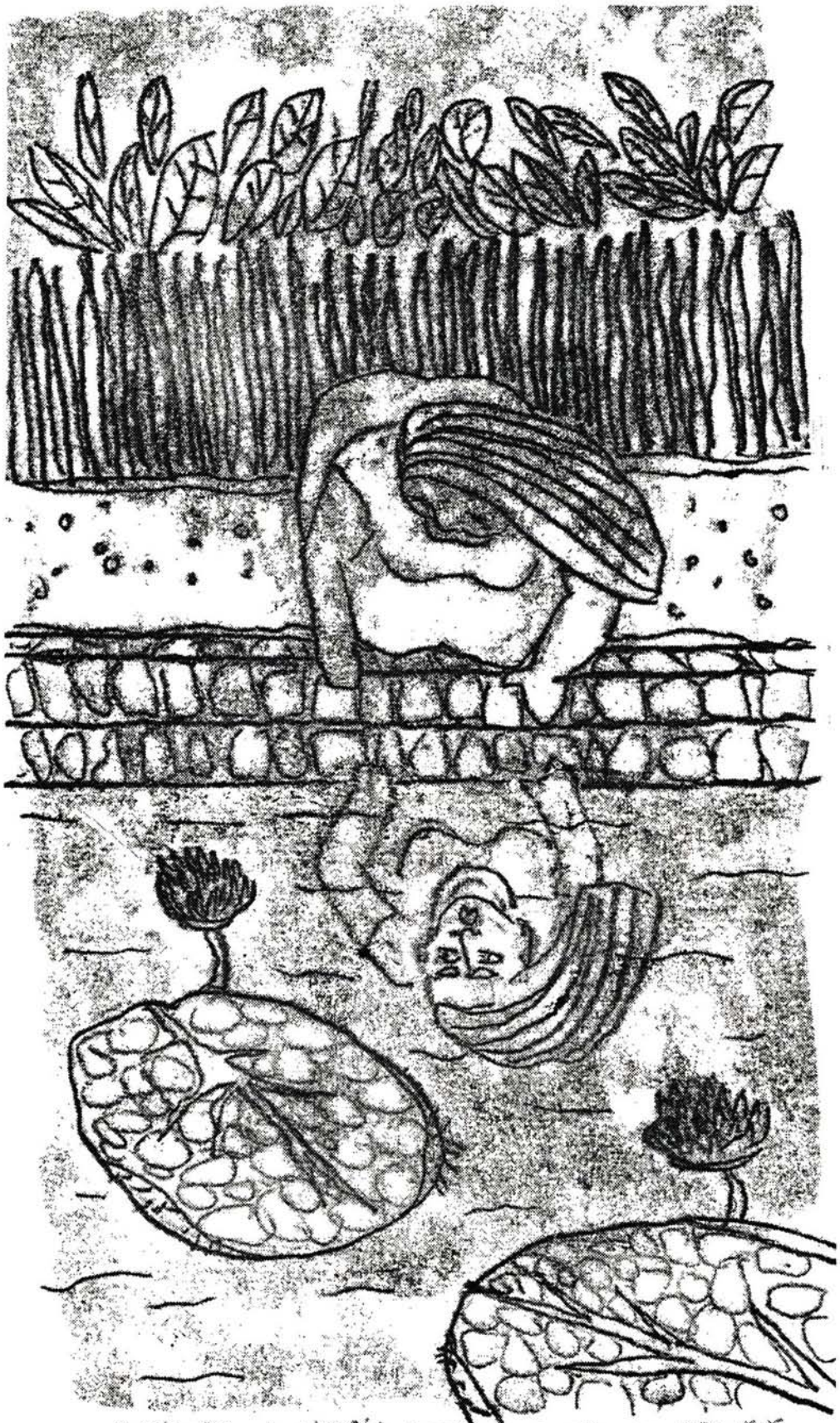
Su respuesta fue una leve y apenada sonrisa. Volvió a preguntarle en tono maternal y esta vez Cecilia susurró:

—Nada doctora... pero no es el niño porque desde ayer ya no me da lata.

—Déjame revisarte.

Yo miré al esposo diciéndole salga. Entre Náyade y yo, le quitamos las enaguas como descascarando una fruta, salía un olor fétido y cálido. Berta se puso los guantes, mientras Náyade tomaba la lectura del termómetro. Después del reconocimiento en el abdomen, tomó el estetoscopio y lo colocó en la panza de la muchacha. La miró mientras trataba de encontrar algo en el abultado vientre. Echó la cabeza hacia atrás, aspiró largamente, cerró los ojos un instante, meneó la cabeza, se levantó y salió a decirle al chofer que necesitaba urgentemente una ambulancia. Intentarían aún ayudar a Cecilia.

♦


OLHANDO A VITÓRIA RÉGIA QUE ESTÁ NO ESTANQUE
Joracit
04 03 99